

Adolescencia femenina y ritual. La celebración de las quinceañeras en algunas comunidades en México

Introducción

El desarrollo sexual humano, a diferencia del de otras especies, se da en dos fases, la segunda de las cuales, llamada adolescencia, se caracteriza por un gran incremento de los impulsos sexuales y agresivos y una especial flexibilidad que permite reacomodos de la subjetividad para su integración a la vida adulta. La adolescencia representa un reto para las diversas comunidades que buscan, cada una a su manera, encauzar la energía de las y los nacientes adultos a fin de que se invierta en formas que no amenacen el equilibrio social, pero algunas de las ofertas culturales hechas a las y los adolescentes limitan también su potencial de desarrollo y creatividad. En el presente artículo, la autora rastrea los significados de la fiesta de 15 años con la que se celebra exclusivamente a mujeres en algunas comunidades mexicanas y se pregunta por los mensajes que tal fiesta intenta hacer llegar a la niña que se vuelve mujer, así como por los posibles beneficios y limitaciones que ella representa.

Al dar cuenta de que la iniciación de la búsqueda de un objeto sexual por parte del humano es la única que se produce en dos fases de intensos cambios, interrumpidas por un periodo de relativa estabilidad, en el cual los impulsos sexuales se atemperan (y las niñas y los niños tienden a dedicar buena parte de su energía al aprendizaje de habilidades y destrezas), Freud señala una de las características que hacen del humano un ser especialmente flexible y creativo, convirtiendo a nuestra especie en la única, hasta hoy día, capaz de adaptar el medio a sus necesidades produciendo cultura. En "Tres Ensayos para una Teoría Sexual" comenta Freud en relación a las dos fases de avance del desarrollo sexual marcadas por la búsqueda de los primeros objetos amorosos: "El primer impulso se inicia entre los dos y cinco años y se detiene o involucciona durante el periodo de latencia: se caracteriza por la naturaleza infantil de sus metas sexuales. El segundo arranca con la pubertad y

♦ Profesora Investigadora del Departamento de Estudios en Educación
emmaruiz0808@hotmail.com

determina la configuración definitiva de la vida sexual” (Freud, 1905:105).

Durante la temprana infancia, la vida sexual gira alrededor de las llamadas pulsiones parciales como lo son, entre otras, la oralidad y la analidad; las niñas y niños pequeños satisfacen sus impulsos y afectos en la relación con sus primeros objetos de amor (generalmente la madre y el padre) y es a través de estos vínculos concretos que van aprendiendo a interactuar con los otros y van generando sus formas específicas de alcanzar placer y evitar displacer. Llegado cierto punto del desarrollo, niñas y niños se ven ante la exigencia de asumir al interior de la familia el lugar de hija o hijo que quedan fuera de la pareja que constituyen su padre y su madre, así como los límites que la realidad impone a sus exigencias de satisfacción, la cual incluye la negativa radical a acceder a estimulación y placer genital en la relación con la madre y el padre (excepto en situaciones extremas de violación del tabú del incesto y de promiscuidad). A diferencia de la experiencia hecha por niñas y niños en lo tocante a las pulsiones parciales, donde la madre y el padre colaboran en mayor o menor medida a su modulación y satisfacción al participar en actividades ligadas a la alimentación, el entrenamiento en el control de esfínteres, etc., ahora ellas y ellos tendrán que vérselas con la exigencia de postergar para otro momento de su vida (que es casi inmediatamente posterior a la pubertad en culturas tradicionales, de evolución lenta y más lejano en sociedades de cambio acelerado en las que prevalece la “adolescencia prolongada”, Erdheim) y otros objetos de amor la satisfacción de sus crecientes impulsos genitales. Respecto a este disímil destino de los impulsos genitales afirma Kaplan: “...No hay gesto alguno de los padres que corresponda a los deseos genitales del infante. Ya durante la temprana infancia, y más tarde en la fase de latencia, todos los otros deseos infantiles son transformados en formas de conducta y características socialmente aceptadas como capa-

idad de ordenar, limpieza, curiosidad intelectual, la posibilidad de comportarse correctamente al comer, vestirse adecuadamente, poner en práctica de manera efectiva las propias habilidades y destrezas en el juego y en situaciones que exigen rendimiento. Pero durante toda la infancia queda abierta la cuestión de cómo se articulan los deseos genitales en formas socialmente aceptadas. Sólo después de la pubertad, cuando la persona ha alcanzado la madurez genital, pueden exteriorizarse estos deseos en armonía con las exigencias de la sociedad” (Kaplan, 1994:171).

El lento desarrollo del humano facilita la renuncia en la infancia a satisfacciones de índole genital y la consolidación de la citada fase de latencia, en la que niñas y niños generarán estructuras internas que les servirán para hacer frente a la nueva carga de pulsiones agresivas y sexuales que adquirirán pleno impulso con la llegada de la pubertad; durante dicho periodo de latencia, las niñas y niños que no están bajo los efectos de relaciones y ambientes en extremo conflictivos y/o traumáticos logran reprimir sus impulsos genitales, se identifican con su madre y su padre (en formas y grados diversos) y estructuran una conciencia moral y unos ideales que serán su primera guía en la búsqueda de un sentido para su vida, basada todavía predominantemente en los parámetros vigentes en su medio familiar.

Los cambios fisiológicos de la pubertad dan nuevo ímpetu a los impulsos genitales que habían sido reprimidos y ponen a las chicas y los chicos en crisis (etimológicamente *krisis* significa juicio), los introducen en una fase de intensa movilidad emocional: la adolescencia. Las y los adolescentes tienen antes sí complejas tareas por realizar, las cuales adquieren matices diversos dependiendo de las condiciones históricas y el lugar social que los rodean: han de liberarse irreversiblemente de sus deseos incestuosos, tendrán que definirse en múltiples planos: conocerse mejor, ponerse a prueba, juzgarse a sí mismos y al mundo con nuevos crite-

rios, tomar distancia del núcleo familiar, encontrar su sitio en el mundo de los adultos al que pretenden ingresar. En la adolescencia se vuelve patente la correlación de los procesos corporales con la vida anímica y con la realidad sociocultural de los individuos.

La adolescencia en culturas de evolución lenta y en culturas de cambio acelerado

La adolescencia es privilegio de la especie humana y ha sido frecuentemente descrita como una “segunda oportunidad” para la reestructuración de la personalidad y la resolución de conflictos fundamentales; es una fase experimental en la que las y los jóvenes están a la búsqueda del acomodo más creativo posible para ellos en su medio social y son a la vez sujetos que pueden producir cambio cultural, pues el irrumpir de su sexualidad flexibiliza las estructuras psíquicas que habían gestado en la relación con su familia y posibilita el desarrollo de nuevas formas de interacción con la comunidad.

La adolescencia, como etapa de intensos cambios para las y los jóvenes, tiene su correlato en la vida de sus madres, sus padres y otros adultos que interactúan con ellos, quienes son sacudidos por la transformación de los nacientes adultos, así como de sus formas de relación. La adolescencia implica potencialmente un conflicto generacional y abre las puertas al cuestionamiento por parte de las y los jóvenes de las exigencias y costumbres de su comunidad; además de los recursos personales que cada individuo pone en juego para buscar arreglos creativos a las nuevas situaciones que la adolescencia genera, cada cultura ofrece medios para intentar ligar la energía de las y los adolescentes a las formas de vida y los lugares sociales que ella les propone. Las fuerzas vitales del crecimiento que transforman a una niña o niño en un ser potente, sexual, capaz de reproducirse, son un torrente de

posibilidades que la sociedad quiere, en parte, decidir cómo aprovechar. Ante el potencial de críticas y transformaciones que la adolescencia de las nuevas generaciones trae consigo, cada sociedad humana procura responder inventando los rituales, convenciones y formas de adolescencia que requiere.

Las culturas llamadas por Lévi-Strauss “frías” utilizan complejos mecanismos para frenar el cambio social que es en parte propiciado por la adolescencia y celebran ritos de iniciación o de pasaje que demarcan los lugares a los que las y los púberes han de integrarse en la sociedad de los adultos, así como el papel que en ella les corresponde desempeñar, dejando escaso espacio para un proyecto individual de vida.

En las culturas denominadas “calientes” por el citado antropólogo, el desarrollo industrial y tecnológico ha creado la exigencia de un tiempo de aprendizaje más prolongado entre la niñez y la vida adulta y ha dejado en buena parte en manos del individuo la tarea de buscarse un lugar en la sociedad; sobreviven algunos ritos de iniciación o restos de ellos, pero no tienen un peso correlativo al de los rituales de las sociedades tradicionales; en sociedades modernas sometidas a exigencias de rendimiento y competencia extremas, los exámenes se han convertido en pruebas de paso de la infancia a la juventud (Erdheim, 1992:328-329) y es cada individuo el encargado de cuidar la acumulación de logros que le permitan encontrar su espacio en el mundo del trabajo y la cultura. Así pues, mientras en sociedades tradicionales el grupo plantea exigencias definidas a las y los jóvenes, pero los acoge asegurándoles un lugar social, en las sociedades modernas se vive más agudamente la soledad y los riesgos que conlleva el desarrollo de un proyecto individual fraguado en medio de una enorme competitividad. El acompañamiento de los adultos en la aventura cultural de las y los adolescentes es más laxo en las sociedades modernas. Las normas y valores son plurales, divergentes; el mundo aparece como un lugar fragmentario y en ocasiones contradictorio, y es en este

contexto donde la joven y el joven tienen que buscar un sentido a su vida; ellos llegan a la madurez sexual sin garantía alguna del lugar que habrán de ocupar entre los mayores y entre sus coetáneos.

Las culturas que Lévi-Strauss llama “frías” y “calientes” se ubican en los extremos de un continuo con todas las mezclas posibles: toda sociedad (máxime en la actualidad) tiene ámbitos con diversas “temperaturas” y en correlación con ellos se dan costumbres, rituales y fiestas con matices y características diversas.

Rituales de iniciación y subjetividad

Los rituales de iniciación o de pasaje son ofertas hechas a las y los púberes por una comunidad determinada para intentar encauzar el incremento de las pulsiones sexuales por vías socialmente aceptadas y pueden considerarse desde dos vertientes: como mensaje cultural; esto es, como el cúmulo de símbolos, propuestas y mensajes que una cultura pretende hacer llegar a los individuos y desde la recepción subjetiva que cada adolescente hace de ellos.

Ya Freud en “El Malestar en la Cultura” daba cuenta de las altas renunciaciones que la cultura exige a los individuos. Las demandas y límites que una sociedad impone a los sujetos que la integran se expresan a través de expectativas de grupos de referencia, de las instituciones sociales, de la aceptación o el rechazo del individuo por parte de la comunidad. Si el desarrollo sexual de las y los adolescentes implica un importante incremento de su potencial de autonomía, la sociedad opera poniendo freno a la satisfacción de sus deseos sexuales, indicándoles las vías por las que tal satisfacción es bendecida, permitida o al menos tolerada. Las demandas sociales, por otra parte, no llevan en sí mismas la garantía de la aceptación y cumplimiento por parte de los individuos que integran la comunidad; y es precisamente del encuentro de

cada persona con los requerimientos de la sociedad a la que pertenece, del que resultará como solución única e irreplicable la subjetividad de los individuos.

Los rituales de iniciación son formas socialmente organizadas para incitar al individuo a separarse del mundo de la infancia y confrontarlo con su nueva realidad de individuo sexualmente maduro con pleno desarrollo genital y potencial reproductivo. La o el adolescente es confirmado en su sexualidad adulta mediante el rito, pero a condición de que se pliegue a las costumbres prevaletentes en su comunidad, de lo contrario entrará en la zona de conflictos y/o marginación.

En sociedades menos evolutivas, plegarse a los mandatos expresados en el ritual es el destino de casi todos los miembros del grupo, pues en ellas opera una especie de "yo colectivo" (Parin), donde es la pertenencia a la comunidad la que predominantemente brinda identidad y garantiza la supervivencia, de tal forma que el individuo se siente perdido fuera de su grupo de referencia. En este tipo de sociedades, las y los adolescentes reciben muchas veces un nuevo nombre durante el ritual y son instruidos en los secretos y valores del grupo de las mujeres adultas, respectivamente varones adultos; en casos de individuos que rompen los tabúes o violan las reglas del grupo se aplican muchas veces severos castigos como la expulsión, que pueden significar la muerte para el sujeto que pierde todo sentido y orientación para su vida.

En sociedades modernas o en las que podríamos llamar "intermedias", esto es, con mayor heterogeneidad en cuanto a la rapidez con la que se instaura en sus diversos ámbitos el cambio social, existen usualmente múltiples grupos de referencia a los que la joven o el joven pueden aspirar a pertenecer y, tendencialmente, las sanciones por no plegarse a los cánones de comportamiento propuestos por los rituales de iniciación prevaletentes no son tan severas ni tan definitivas como en sociedades más tradicionales; como contraparte, el ritual tampoco es la vía de paso a un lugar social seguro, ni

implica la asunción de una visión homogénea del mundo que conlleva un sentido de la vida incuestionable en la comunidad. En estas sociedades, el riesgo es más bien que el individualismo se exacerbe pudiendo generar representaciones poco realistas de autosuficiencia que puedan llevar al aislamiento o a la búsqueda de soluciones mágicas para sentirse integrado, como podrían ser el alcoholismo, el uso de las drogas o el adherirse a grupos que viven de la criminalidad. En el mejor de los casos, el sujeto elige de en medio de la pluralidad una serie de identificaciones que le permiten desarrollar una identidad sólida pero flexible, confía en sus propias posibilidades y encuentra un lugar en la comunidad que le permita participar en el quehacer cultural a través de un trabajo con sentido (esto a condición de que la comunidad ofrezca campos propicios para la recepción e integración de los jóvenes). La variedad de grupos de referencia que las y los jóvenes tienen ante sí en sociedades heterogéneas y plurales les posibilita, en una situación óptima, encontrar aquéllos con los que más se identifican y derivar mayor placer de las acciones colectivas y de las relaciones con otros. Las pasiones humanas logran sus mejores resultados cuando pueden florecer incrustándose en el amor y el trabajo creativo.

Los rituales de iniciación son, como ya dijimos, ofertas sociales para encauzar la energía adolescente, pero tienen efectos diversos en cada individuo; se expresan a través de símbolos que son lenguajes que conllevan elementos latentes que apelan al inconsciente de las personas, pasan por la subjetividad de éstas para ser interpretados de una u otra forma y pueden ser asumidos o rechazados.

Adolescencia femenina y modernidad

Las condiciones históricas en las que ocurre la adolescencia femenina se han transformado profundamente. Mientras que a raíz de la aparición de las universidades y posterior-

mente el avance del proceso de industrialización muchos varones empezaron a pasar por lo que Erdheim denomina "adolescencia prolongada", esto es, una fase de experimentación posterior a la pubertad en la que se encuentran a la búsqueda de la forma de inserción que han de tener en su cultura, es sólo en los últimos tiempos cuando se ha abierto a las mujeres tal posibilidad. Waldeck afirma: "El que sólo recientemente se preste una mayor atención a la adolescencia femenina tiene que ver no en última instancia con el hecho de que hace apenas unas décadas que ésta puede ser vivida como 'adolescencia prolongada'" (Waldeck,1998:30), habiendo estado antes la gran mayoría de las mujeres ligadas predominantemente al hogar y la crianza de los hijos, lugar y papel que asumían pasada apenas la pubertad. Como ya lo dijimos antes, no todas las sociedades evolucionan con la misma rapidez, pero en la actualidad hay avances en el conocimiento y la técnica que han llegado al menos a algunos sectores de casi todos los países del mundo. En relación con la mujer, el descubrimiento de métodos anticonceptivos ha sido un paso importante en el cambio de las perspectivas de desarrollo que tiene ante sí en la actualidad una niña que accede a la juventud.

Hace todavía unas décadas, para la mayoría de las mujeres que llegaban a la edad adulta, el matrimonio era el puerto de arribo, el destino final. Hoy en día, en las sociedades modernas, el paso de adolescente a mujer se da en el ámbito de un mucho mayor espectro de posibilidades: elección de profesión o campo de trabajo, asunción del matrimonio o de otras formas de vida social, opción por la maternidad o decisión de no tener hijos, etc. Esta ampliación de posibilidades coloca, sin embargo, a muchas mujeres en una situación de conflicto entre las exigencias del trabajo creativo y los deberes familiares, entre la atención a sus deseos de autorrealización y el sentirse responsables por otros. Este conflicto parece ser todavía más álgido y de difícil solución

para las mujeres que para los varones, tanto por el papel social que históricamente han asumido por siglos, el cual las designa como las principales responsables de la crianza y educación de los hijos, como por las condiciones sociales reales que, a pesar de los cambios culturales, no ofrecen todavía opciones suficientes a la mujer para moverse de una manera más armónica entre los ámbitos de lo público y lo privado y, por otra parte, en algunos aspectos han vuelto la situación aún más compleja con los avances del individualismo que ha implicado la pérdida de buena parte del apoyo que antes era dado por la familia grande y los grupos comunitarios en tareas hogareñas y maternas.

Por otra parte, aún en la actualidad, muchas sociedades tienen formas de dar a las mujeres mensajes que hacen parecer una ventaja el permanecer infantiles y limitar sus ideales a relaciones personales y domésticas. Mientras que a los jóvenes se les incita de una manera más decisiva a abordar la esfera pública, y se les da reconocimiento por volcar su energía a grupos exteriores a la familia, a las adolescentes se les invita en formas diversas a permanecer en el ámbito de ésta y en ciertos medios a pasar de la dependencia del padre a la del marido, lo que tiende a solidificar la liga con la esfera hogareña y a mantener la jerarquía entre los sexos, propiciando incluso el surgimiento de sentimientos de culpa en mujeres que pretenden alcanzar logros más allá de la familia y el hogar. Estos factores pueden volver difícil y en ocasiones dramática la batalla de la adolescente por estructurar una personalidad sólida, flexible y capaz de la suficiente autonomía para encontrar un lugar social manteniendo la fidelidad a sí misma y la apertura a nuevas posibilidades de desarrollo.

Otro aspecto a considerar en sociedades modernas, en relación con la adolescencia femenina, es la enorme distancia entre la realidad a la que se enfrentaron muchas de las madres de las actuales adolescentes y aquélla en la que

éstas configuran su identidad. Las profundas transformaciones en los usos y costumbres, en los conocimientos y la tecnología, en los ámbitos de desarrollo accesibles a las mujeres y en los trabajos desempeñados por éstas, hacen difícil, a muchas de las adolescentes actuales, la tarea de encontrar modelos de identificación que les den seguridad en la búsqueda de sus propias formas de ser mujer. Con frecuencia, las adolescentes se sienten inseguras de abandonar sus identificaciones infantiles sin tener modelos cercanos y deseables que les permitan elegir sus nuevos rostros y vestiduras de mujeres jóvenes; mientras que, en otros casos, su medio les ofrece una enorme gama de identificaciones posibles, distintas y en ocasiones contradictorias entre sí. En sociedades tradicionales de lenta evolución, las identificaciones se suplen de manera masiva en el paso de la niñez a la vida adulta, de la pertenencia de un grupo de edad a otro; en el mundo moderno, el proceso es más lento y paulatino y en muchas sociedades es más una tarea individual que comunitaria, con las ventajas y riesgos que esto pueda traer consigo.

Las sociedades modernas plantean álgidos problemas a las adolescentes: enorme competencia en el área de formación y de perspectivas de trabajo (con otras mujeres y con varones a los que todavía en muchos ámbitos se les da un trato preferencial), empleos insuficientes, muy altas exigencias de rendimiento y de programación que muchas veces se hacen extensivas aun al tiempo libre (máxime para mujeres que asumen la "doble carga"), etc.

Las adolescentes han de enfrentar los retos que la vida moderna les plantea, pues el incremento pulsional, determinado por su desarrollo sexual, les exige encontrar un nuevo equilibrio entre sus pasiones y el entorno social en que se expresan; cada una de ellas aprovechará su *krisis* de la mejor manera que le sea posible, las resultantes serán diversas, los destinos tan variados como la comedia humana.

Adolescencia femenina y ritual

Al llegar a la pubertad, la niña experimenta su desarrollo fisiológico y, paralelo a él, la necesidad de orientar hacia fuera de la familia sus crecientes deseos sexuales y de integrarse a su comunidad. La menarca marca el viraje que en su vida se inicia hacia la plena maduración genital y que demanda el desarrollo de nuevas formas de comportamiento, que varían de acuerdo a la comunidad de la que forma parte. La adolescencia femenina adquiere diversas formas dependiendo del lugar social y el momento histórico en que se da, por una parte; y, por otra, de la mujer que atraviesa por ella.

Las crisis de crecimiento pasan por el tamiz de la época y del lugar social en el que ocurren. En la mayoría de las culturas, actualmente la socialización de las niñas no está dirigida exclusivamente a la fundación de una familia, el cuidado del hogar y la cría de los hijos, sino también a la conquista de capacidades que las preparen para las exigencias y tareas de la producción y la cultura, aunque esta preparación es muchas veces insuficiente. En el paso de niña a mujer, la adolescente tiene ante sí la tarea de forjarse una identidad y, en sociedades intermedias y modernas, de resolver el conflicto generado por la escisión de los ámbitos familiar y público que se originó con la industrialización y prevalece en cierta medida hasta nuestros días.

En sociedades industrializadas quedan a disposición de las jóvenes escasos o nulos rituales de transición en los que se ofrezcan valores y modelos de comportamiento colectivos y que subrayen la importancia de la maduración sexual, confirmando a la joven como perteneciente al mundo de las mujeres adultas; los exámenes parecen ser, en este caso, los herederos de los ritos de pasaje, pero ellos están destinados sobre todo a averiguar cuáles individuos se pliegan a las exigencias de rendimiento prevalecientes y toman escasa o nulamente en cuenta el momento emocional por el que atra-

viesa la adolescente que sustenta la prueba. Una chica a punto de terminar la escuela básica luchaba entre su alegría por la preparación de la fiesta de graduación, su tristeza por la despedida de su escuela y amigas y amigos y la tensión de tener que pasar doce exámenes para poder recibir su certificado de primaria; conversando conmigo me decía: "Nos ponen tantos exámenes para no dejarnos disfrutar".

En sociedades intermedias, que por una parte están insertadas al mundo industrial, pero por otra conservan tradiciones de formas antiguas de organización, los rituales de transición o pasaje pueden propiciar la integración de la joven adulta a su contexto social con un nuevo status, aunque no la garantizan. En la fiesta ritual se da cuenta de que la comunidad percibe ya y nombra como mujer a la adolescente y, a la vez que se celebra el paso al mundo adulto, se propicia la despedida de la infancia y se invita a elaborar el duelo por lo que ella deja atrás en cuanto a realidad corporal y experiencias de niña. Al simbolizar y celebrar ritualmente los cambios de la joven se abre un canal de contención cultural, tanto para los nuevos potenciales como para las agresiones y ambivalencias que dichas transformaciones despiertan; se ofrece una orientación que, sin embargo, para algunas chicas puede resultar desorientadora por contraponerse a las exigencias cada vez más influyentes de una sociedad industrial y de rendimiento; esto será más cierto en casos de rituales que cimientan la escisión de representaciones que separan la ocupación de los ámbitos familiar y público, respectivamente, por mujeres y varones.

Los significados que un ritual contiene son legibles en un cúmulo de cruces simbólicos específicos de la cultura en la que el ritual se desarrolla. La fiesta ritual enuncia, en sociedades intermedias, vías de desarrollo tradicionales que, sin embargo, se presentan como alternativa al lado de formas modernas de desarrollo. La adolescente tendrá que buscar su propio camino y lo hará con base en su historia de vida, en sus conflic-

tos conscientes e inconscientes, en sus capacidades, posibilidades y limitaciones. Su respuesta a la fiesta ritual será la resultante de la confrontación de sus pulsiones con la realidad social como ella la comprende, la interpreta, la vivencia, teniendo además la posibilidad de la comparación de su experiencia con la de otras jóvenes amigas y compañeras

Cuando los rituales de pasaje se han extinguido, la solución de la crisis social adolescente depende en su mayor parte del desempeño individual de la joven (quien cuenta casi siempre con el apoyo de sus amigas y coetáneas), que tiene que reorganizar su vida en función de su nueva realidad de adulta, despedirse como mejor pueda de la infancia y abrirse a nuevas relaciones, tareas y metas. Por otra parte, mientras que en sociedades tradicionales los rituales de iniciación suelen asignar lugares a la mujer tanto en el ámbito familiar como en el público, que por otra parte no están tan disociados, en sociedades muy industrializadas e intermedias no existen rituales o modelos culturales que ofrezcan propuestas orientadoras en las que los dos ámbitos estén ligados entre sí y, como ya decíamos antes, cada adolescente se ve ante la exigencia de buscar su propia solución.

La fiesta de los quince años en algunas comunidades en México

A fin de volver más plástico el papel que desempeñan los rituales de pasaje en sociedades intermedias expondré a continuación lo observado por mí en la celebración de una tal fiesta y lo comentado por un grupo de chicas con las que realicé conversaciones con orientación psicoanalítica.

Los quince años de Elvira

Elvira vive en un pequeño poblado aldeaño a la ciudad de Guadalajara, por lo que su vida transcurre entre estas dos

realidades: ella vive en su pueblo, pero viaja de lunes a viernes a la ciudad de Guadalajara donde está por terminar sus estudios de secundaria.

El ritual empieza con el arreglo de Elvira (el nombre de la joven ha sido cambiado en aras de la discreción) para la celebración: mientras ella se viste y es peinada en su casa por una estilista que ha sido contratada para el caso, se escucha la pieza musical "De Niña a Mujer", en la que una madre y/o un padre podrían ser los que expresan sus reflexiones y sentimientos en torno a la hija que se vuelve mujer. La canción (sin ser citada por mí textualmente) tiene mensajes de este tipo: Eras niña y ya me querías bien, en aquel tiempo jugabas a ser mujer, pocos años gastados al tiempo te vestían con nueva piel y entre tanto yo te iba inventando de niña a mujer. Te quería yo tanto y sabía, sin embargo, que te iba a perder, partirías de mi lado, pues el alma te estaba cambiando de niña a mujer.

Terminado el arreglo se le pide a Elvira que se coloque en un escenario que ha sido preparado para tomarle las fotos que guardarán el recuerdo de un día que se reviste socialmente de especial significación.

Elvira se coloca de pie con su ramo de flores en las manos; en él destacan los alcatraces, ella está ante una pintura de las mismas flores y a su lado hay un jarrón que también las contiene; en la estancia destaca también un cuadro con la imagen de la Virgen de Guadalupe. Me llama la atención la insistencia del motivo de los alcatraces, que decora también el talle y la falda del vestido de Elvira. El alcatraz es una flor blanca en forma de cucurucho (cono), con un pistilo grueso de color amarillo-anaranjado en su centro.

Al concluir la sesión de fotografías, Elvira sube a un automóvil adornado con moños blancos y alcatraces y se dirige con su comitiva a la iglesia; ya ahí desfila por el corredor central seguida de las meninas, de su madre y su padre, de sus padrinos, de las jóvenes "damas" (otras adolescentes

amigas de la quinceañera) que portan artículos diversos para la celebración: cojín para el reclinatorio, libro de oraciones, licorera y copa para el brindis, ramo que se entregará a la quinceañera para que salga con él después de haber depositado el de flores naturales en el altar y finalmente de sus chambelanes. Elvira se acomoda en el reclinatorio más cercano al altar, al que se acerca una de las jóvenes damas para colocar sobre él el cojín blanco en el que Elvira se arrodillará cuando el ritual así lo exija. La misa sigue sus pasos usuales con algunas variantes: Elvira recibe la comunión católica con la hostia, pero también (sólo ella de entre todos los presentes) bebiendo vino del cáliz; al final, el sacerdote solicita a todos los asistentes un aplauso para la quinceañera y luego ella sube al altar a depositar su ramo, recibiendo enseguida de la dama correspondiente el ramo con el que saldrá. Ella permanece junto al altar, a donde se acercan uno a uno todos los integrantes de su comitiva para hacerse fotografiar con ella.

Ya fuera de la iglesia, Elvira se coloca en medio de sus chambelanes, que parecen más ocupados en desempeñar bien el papel que socialmente se les ha asignado que en admirar a la quinceañera; un grupo de jóvenes toca la guitarra y canta "las mañanitas", la típica canción mexicana para los cumpleaños. Elvira luce realmente preciosa, su ánimo parece apacible y tiene un aspecto muy juvenil, pero de mujer que ha dejado atrás la infancia. Terminada la canción, Elvira recibe abrazos de felicitación y una porra y sube al automóvil adornado para ser llevada al salón en el que tendrá lugar el baile.

En el salón, cada mesa está cubierta con un mantel blanco y tiene en el centro una vela adornada con moños del mismo color; Elvira, acompañada de una mujer vestida de negro que parece tener una relación muy cercana a ella, pero que no es su madre ni su madrina, toma una gran bolsa que contiene cestos cubiertos de encajes blancos y empieza a distri-

buir uno en cada mesa; estos canastos son el recuerdo de la celebración y los ocupantes de cada mesa se llevarán el que les ha sido asignado. Terminada la tarea, Elvira recibe regalos de los invitados, los que coloca en una mesa dispuesta para ello y ante ésta, ubicada frente a la pista de baile, se queda, acompañada por la mujer de negro, a escuchar "Las Mañanitas"; Elvira parece emocionada, se toma del brazo de la mujer y oculta por un momento su rostro en el hombro de ella, la mujer parece animarla a desempeñar adecuadamente el rol que le ha sido asignado y mostrarse ante los que la celebran: "¡Mira niña, que te ves preciosa y es tu fiesta de quince años!"; Elvira cuchichea algo a la mujer y luego sonríe a su público. Tras "Las Mañanitas", los músicos interpretan una canción en la que me llama la atención una frase que se repite entre las distintas estrofas: "En ti nace un mundo lindo y nuevo". Detrás de Elvira y su acompañante está un enorme pastel blanco rematado con una figura que representa a la quinceañera, la cual tiene una mano colocada sobre el pecho. Al terminar la canción del nacer al mundo nuevo, Elvira y su acompañante dejan el centro y se abre el baile; la quinceañera baila con su padre y luego con su padrino, quien al terminar la pieza musical la acompaña a donde están sus chambelanes y la deja entre ellos para que inicien el vals: los jóvenes forman dos filas por cuyo centro sale bailando la quinceañera con uno de sus chambelanes; se integran luego en una sola fila y la joven pasa a bailar con cada uno, forman enseguida un círculo y rodean a la chica; ella se agacha, luego los chambelanes como si formaran entre todos una flor, alguien del público grita: "¿Qué están haciendo ahí?!", aludiendo a los deseos sexuales de los jóvenes; se escuchan risas, los jóvenes se levantan, agrandan el círculo y la quinceañera va pasando a bailar con cada chambelán, que la toma por la cintura mientras ella gira, luego ella queda en el centro y cada joven pasa a bailar con ella un momento; con el último de ellos baila Elvira más largamente, los demás se

alinean y la pareja pasa al centro de ellos; en esta formación son invitados a brindar, para Elvira es su primer brindis oficial y recibe una copa especialmente adornada, los jóvenes una con un adorno más discreto y los invitados una sin ornato; todos brindan a la salud de la quinceañera y el padre de ella declara que ha sido presentada en sociedad, luego se abre el baile a todo el público; los jóvenes solteros invitados bailarán uno a uno con Elvira para quedar luego cada uno en libertad de elegir a la pareja que mejor le plazca. El último gesto oficial de Elvira es partir el pastel tras la cena, después los invitados empiezan a retirarse y la fiesta llega a su término.

Reflexiones en torno a la fiesta ritual

Como rito que se celebra pasada la pubertad, la presentación de las mujeres quinceañeras en sociedad está en estrecha relación con su maduración sexual fisiológica. Aunque la menarca (primera menstruación) es el índice del comienzo de la fertilidad, en muchas sociedades el ritual de iniciación femenino se celebra un año o dos después de tal acontecimiento, dando tiempo a que las jóvenes alcancen la madurez de tal potencial; y aunque en la actualidad en sociedades industrializadas y en proceso de industrialización son menos que en otras épocas las chicas que son madres a los quince años, esta edad es socialmente marcada por la celebración como la mínima para acceder a la maternidad sin enormes riesgos físicos, psíquicos y sociales, como el momento en que queda oficialmente permitido el cortejo de la chica por parte de los jóvenes que la pretendan y que podrían coadyuvar a su fecundación.

Siguiendo la reflexión en torno al desarrollo fisiológico de las mujeres, los quince años parecen marcar para muchas de ellas el punto en que son capaces de producir óvulos maduros. La maduración fisiológica, que empezó a ser patente al-

rededor de los diez años con el incipiente crecimiento de los senos, va acompañada de cambios de comportamiento; la chica pasa por periodos de relativa soledad, de amistades intensas con otras chicas en las que se gesta frecuentemente la fantasía de no necesitar a los chicos para nada y llega al punto en que su actitud de interés por los jóvenes anuncia la aceptación de su deseo sexual que asume al otro como diferente y complementario.

La fiesta de quince años tiende a separar ritualmente a la joven de la infancia y a integrarla al grupo de mujeres sexualmente maduras, casaderas, aptas para participar en los ritos y costumbres de la interacción con el otro sexo, pero implica a la vez una petición de esperar hasta pasar por el ritual del matrimonio para vivir la sexualidad. La celebración de los quince años, como la hemos descrito antes, se da en medios en los que el ritual no necesariamente cierra las posibilidades de ingreso a lo que Erdheim define como "adolescencia prolongada"; esto es, la forma de adolescencia actualmente más común en sociedades tecnificadas e industrializadas en donde chicas y chicos tienen un largo periodo disponible para su formación antes de integrarse al mundo del trabajo y a la institucionalización de la vida sexual y la actualización del potencial reproductivo. El ritual ofrece símbolos que remiten a ofertas y exigencias sociales relativos al cortejo, a roles de género, a relaciones entre generaciones, etc., pero no da mensaje alguno en cuanto a lugares que pudieren ocupar las mujeres en el ámbito público y entra en competencia con otros mensajes y propuestas sociales que llegan por otros canales en sociedades en las que existen múltiples grupos de referencia, variedad y complejidad de valores, etc. Por otra parte, el ritual pierde mucha de su fuerza al celebrarse en un contexto social heterogéneo y deja un amplio margen a la interpretación y vivencia subjetivas al no estar articulado con prácticas sociales cotidianas que exijan y vigilen el cumplimiento de sus mandatos implícitos.

Haciendo referencia a categorías psicoanalíticas podemos decir que el ritual induce a la asunción del superyo y exige la represión de los deseos incestuosos. Ante la sexualidad que cobra fuerza, el rito aparece como apoyo simbólico a la prohibición del incesto. La fiesta ritual, al ser una celebración oficial del crecimiento y sexualidad de las jóvenes en la que también participan las madres y los padres, puede coadyuvar al manejo de los impulsos ambivalentes entre las dos generaciones. Las sociedades se cuidan de ser devoradas por las pasiones que se incrementan con el advenimiento de la pubertad y las fiestas rituales son formas de empujar a las jóvenes y a los padres a liberarse completa e irreversiblemente de los deseos de intercambio sexual en el seno de la familia.

Una conversación psicoanalítica con tres quinceañeras

La conversación que a continuación transcribo se dio en el contexto de una serie de encuentros con cuatro chicas de una preparatoria de la ciudad de Guadalajara, quienes estuvieron dispuestas a participar en una investigación sobre adolescencia femenina en diversos medios sociales; dichos encuentros se dieron como espacios de la mayor libertad posible para que las adolescentes hablaran de cualquier cosa que desearan.

Mi metodología de trabajo en los encuentros con las chicas fue cualitativa; los instrumentos de investigación fueron la propia subjetividad, la comunicación de inconsciente a inconsciente y el análisis de las interacciones y escenificaciones, esto es, de las constelaciones sucesivas de transferencia y contratransferencia que se dieron.

El par conceptual transferencia/contratransferencia tiene su origen en el Psicoanálisis. La transferencia alude a la tendencia a repetir, aunque con matices diversos y más o menos

adecuados a la realidad, en relaciones interhumanas actuales, patrones de comportamiento, emociones, fantasías, actitudes, surgidos en la interacción con los tempranos objetos amorosos. La transferencia se muestra en forma más nítida en la relación psicoanalítica, debido a sus peculiares características que exigen al analista mantener un cierto grado de anonimato, esto es, no hablar acerca de sí mismo, con lo que se convierte hasta cierto punto en una especie de cedazo por el que se filtra el pasado del analizando diferenciándose de un presente que muestra no haber dado motivos suficientes para una serie de fantasías, sentimientos, conductas, que el paciente creía producto de la relación actual con su analista, pero que en realidad procedían de experiencias tenidas con anterioridad. La contratransferencia la defino, en acuerdo con Zeul, como "todas las actitudes y ocurrencias emocionalmente condicionadas, que surgen espontáneamente en el curso de una relación psicoanalítica. Ellas muestran la disposición de respuesta inconsciente de la analista a la oferta inconsciente del paciente y amplían el espectro fáctico de interpretaciones formulables" (Zeul, 1983:72).

El trabajo con adolescentes, que a continuación expongo, lo realicé en colaboración con un colega psicoanalista, estando ambos presentes durante 16 sesiones de grupo, cada una de las cuales tuvo una duración de una hora y media. Mi colega y yo tuvimos además encuentros en los que platicamos acerca de lo ocurrido en los encuentros. Por otra parte, cada sesión de trabajo fue protocolizada de manera detallada inmediatamente después de que se llevó a cabo y el texto así surgido sirvió de base a nuevas reflexiones: Las interpretaciones de lo ocurrido en las sesiones son producto tanto del análisis de la relación transferencia/contratransferencia, como del análisis de texto que toma en cuenta el orden de las asociaciones, la irritación que despiertan los enunciados, la congruencia o contradicción interna del texto, las repeticiones, las omisiones.

La sesión que aquí se describe fue el séptimo de nuestros encuentros y tiene relevancia para el presente trabajo porque en ella el tema fue la celebración de los quince años. Las cuatro chicas integrantes de este grupo tenían quince años en el periodo de nuestros encuentros (Abril los cumplió unos días antes de esta sesión).

A esta sesión asistieron Abril, Alejandra y Luciana (los nombres de las chicas fueron cambiados en aras de la discreción y ellas mismas, en una de las últimas sesiones, eligieron el nombre con el que deseaban sustituir el suyo verdadero en este documento). Fernanda nos hizo saber a través de Abril que no podría asistir a esta sesión.

Abril mencionó que el sábado anterior había celebrado su fiesta de quince años, preguntamos cómo le había ido y respondió entusiasmada: “¡Muy bien!”.

Miguel, mi colaborador en el trabajo con este grupo, preguntó qué significado podría tener el celebrar a las mujeres con una ceremonia especial en su 15º cumpleaños. Abril dijo que su abuela le había explicado que era una forma de presentar en sociedad a la joven ahora casadera. Las chicas abundaron con placer en torno a diversos momentos de la fiesta; Luciana comentó que aunque Abril había llevado sólo cuatro chambelanes, muchas veces se llevan siete y lo más tradicional es que sean catorce, completando la quinceañera el número quince.

Abril explicó que primeramente se celebra una misa que es ofrecida por la del cumpleaños y tiene el significado de dar gracias a Dios y hacer una ofrenda por haberse convertido en mujer y sigue: “La quinceañera lleva un ramo para ser dejado en el altar y otro con el que ella se queda”. Miguel pregunta cuál es el más bonito, Abril responde: “El de flores naturales, que es el que se ofrenda, a mí me parecía tan lindo que no quería dejarlo y le pregunté a mi mamá si podía poner sólo una flor sobre el altar y quedarme con el resto, pero ella me respondió indignada que ese ramo es para dejarse a Dios;

en el altar en que dejé el ramo había una imagen de la Virgen Milagrosa y otra de la Virgen de Guadalupe”.

Alejandra comentó que la costumbre de que la quinceañera deje en el altar un ramo es similar a la de las bodas, donde la novia también ofrenda uno, pero mientras que el ramo que llevan las quinceañeras es pequeño y redondito, la novia lleva uno grande y extendido. Lo que Alejandra dice me lleva a pensar en lo que significan esos ramos distintos, en la vulva virgen, el rompimiento del himen, la legitimación de las relaciones sexuales en el ritual del matrimonio; el ramo de la quinceañera sería una especie de entrega simbólica de la virginidad para su custodia a las figuras cargadas de autoridad de acuerdo a las creencias religiosas y que están investidas de paterno-maternidad; la quinceañera tendría que esperar, de acuerdo al rito, hasta el día de su boda para consumir el acto sexual. Registro mis asociaciones, pero siento que no es todavía el momento adecuado para hablar de ellas a las chicas y prefiero esperar.

Alejandra habla de la fiesta: “El baile lo abre la quinceañera con su padre, luego llega el padrino a entregar una flor a la joven y se queda bailando con ella un momento, en seguida se la turnan los catorce chambelanes y luego pueden pasar todos los jóvenes invitados a bailar con ella”. Luciana comenta que en su fiesta llegó su padrino con la flor y en vez de dársela a ella, que es lo que exige el ritual, se la entregó a su padre, quien se la quedó. Me parece que el acto fallido escenifica la resistencia del padre a confirmar la autonomía de su hija, el derecho a vida sexual fuera de las fronteras de la familia. De nuevo, una flor es el símbolo de la sexualidad de la hija, quien ahora es ya genitualmente madura y tiene que ser quien custodie su propia vida sexual, de ahí que ritualmente se apele a símbolos que la orienten en el sentido de los valores sociales prevalecientes en su medio.

Las chicas comentan que otra tradición es que en la fiesta de quince años, el padre de la quinceañera dé un discurso. Es

de nuevo Luciana quien habla de su experiencia. “Mi papá dijo: ‘ésta es mi única princesa y ahora la presento en sociedad’, luego agradeció la presencia de los asistentes y le pasó el micrófono a mi hermano, el que pidió que quien llegare a ser mi esposo fuera respetuoso conmigo, en seguida mi mamá agradeció a todos los asistentes y lo mismo hice yo; no me gustó lo que ellos dijeron, excepto el ser llamada ‘princesa’ por mi papá; de hecho, esa noche yo llevaba puesta una corona”.

Ahora es Abril quien toma la palabra: “En la fiesta de los quince años se da también por vez primera a probar vino a la quinceañera, se le invita oficialmente a su primer brindis; a mí me dieron champaña y apenas si la probé, pues no me gustó, pero mi hermanita de doce años me preguntó si no la quería y si se la regalaba, le entregué la copa y ella la empujó hasta el fondo”.

Luciana habla de otro acto simbólico: “La quinceañera, que lleva una muñeca en un momento dado de la fiesta, la avienta hacia atrás por encima de su hombro y una de las niñas que asisten a la fiesta la espera para atraparla y quedarse con ella. En mi fiesta esta costumbre se modificó un poco: pasaron una tras otra varias niñas a pedirme mi muñeca argumentando que yo era ya muy grande para jugar con ella, pero yo me resistía a entregarla, hasta que finalmente se la di a una de ellas”.

Abril narra: “Cuando yo lancé la muñeca durante mi fiesta, se quedó atorada en la lámpara del salón y mi papá utilizó un gran palo para bajarla, cuando por fin cayó, la atrapó un señor que la escondió bajo su saco y no quiso entregarla y dado que por micrófono se pide que la pequeña que haya atrapado la muñeca pase a bailar con la quinceañera un baile típico mexicano, el señor tuvo que pasar a bailar conmigo el “jarabe tapatío”, porque yo sé bailar; cuando lo vi acercarse pensé: ‘eso le pasa por no querer entregar la muñeca’”.

Miguel preguntó si se les ocurría por qué a los varones no se les hace un festejo similar al de las chicas al cumplir quin-

ce años; Alejandra dijo que a ellos en todo caso se les celebran los 18, pero no con una fiesta con ceremonias parecidas a las de las quinceañeras, sino con una borrachera a la que ellos se van por su cuenta con sus amigos. Luciana sugiere: "A los hombres no se les presenta en sociedad porque son ellos los que escogen a las muchachas. Miguel cuestiona qué tan real es esto, asegurando que las chicas, al aceptar o rechazar al pretendiente, tienen la última palabra. Esto abrió el tema del papel de chicas y chicos en el cortejo y en seguida las jóvenes manifestaron su deseo de estudiar una carrera para ganar independencia. Abril expresó que quiere ser abogada o psicóloga, Luciana dice estar segura de querer ser psicóloga y Alejandra educadora, pues le gusta mucho el trato con los niños; esto la lleva a hablar de su deseo de un hijo en el futuro y su miedo del parto, dice que le ha preguntado a su mamá si duele dar a luz y "ella me ha respondido: 'la verdad sí, mucho, pero es por eso que a los hijos se les quiere tanto'". Yo comento que hay muchas formas distintas de vivir el parto, que hay mujeres que hablan de la experiencia como muy placentera; Alejandra insiste en que le da miedo pensar en pasar por el parto, "pero a fin de cuentas, la experiencia está todavía lejos para mí". Miguel hace alusión a la posible influencia de consignas religiosas en la actitud de heroísmo sufrido con que algunas mujeres viven el parto y menciona los mandatos bíblicos de "¡parirás con dolor!" y "¡ganarás el pan con el sudor de tu frente!"; comenta luego que él también ha escuchado a algunas mujeres hablar del dar a luz como una experiencia intensa y placentera.

Comento que me parece que también tienen curiosidad y dudas en torno a las relaciones sexuales, pues hemos hablado de la celebración del convertirse en mujer, después de los partos, sin hacer mención alguna del coito; añado que tal vez les resulte difícil hablar del tema ante un varón. Miguel hace alusión a una mayor permisividad social para hablar de embarazo y parto que de coito, del acto de amor que dio lugar a

ellos. Luciana parece confirmar lo que dice Miguel y aborda el tema del embarazo comentando que una amiga de su edad quedó preñada fuera de matrimonio y el padre de ella quiere que aborte, pero no así la joven ni su madre; menciona también que el joven que embarazó a su amiga murió días después trágicamente en un accidente. Luciana continúa, dice que antes ella estaba de acuerdo en que si la mujer no deseaba al hijo que iba a tener lo abortara, pues pensaba que un hijo no deseado viene al mundo sólo a sufrir, pero que ya no piensa así desde que leyó un libro que describe cómo el feto es arrancado del vientre de su madre y destrozado por una especie de aspiradora que le jala primero un brazo, luego una pierna y así sucesivamente. Abril enfatiza: “¡Es una vida!”. Alejandra por su parte dice: “Si yo fuera a tener un bebé pensaría que Dios me lo manda por algo y tendría que recibirlo con amor”. Yo digo que se puede estar o no de acuerdo con el aborto, pero que ciertamente no es lo mismo un aborto en el caso de un embarazo avanzado que en las primeras semanas del mismo. Luciana asevera: “Lo cierto es que si no se quiere un embarazo hay muchas técnicas para evitarlo y habría que utilizarlas”. Nos preguntamos qué puede significar el que, a pesar de estar enteradas del ciclo menstrual y los periodos de mayor fertilidad, de los métodos anticonceptivos, etc., muchas adolescentes resulten embarazadas; mencionamos que puede haber causas inconscientes para embarazarse, por ejemplo, entre muchas posibles, el deseo de retener a la pareja, comprobar que se pueden tener hijos, experimentar como más reales los órganos sexuales internos, sentimientos de culpa por estar teniendo relaciones sexuales que llevan a mostrar el efecto del “pecado”, pero que de éste u otros temas que ellas deseen podemos hablar en nuestro siguiente encuentro, pues el tiempo de esta sesión ha terminado.

Mis sensaciones en esta sesión fueron muy agradables, sentí a las chicas interesadas, motivadas; fuera de nuestro

salón, en la escuela, todo parecía muy tranquilo. Estuvimos inmersos en lo nuestro, trabajamos creativa y placenteramente.

Análisis de la conversación con tres quinceañeras

Lo primero que quedó patente por el entusiasmo e interés con que las chicas abordaron el tema de la fiesta de quince años es que esta ceremonia les gusta y haber pasado por ella fue para todas y cada una de gran significación.

Ante la cuestión del significado de la fiesta ritual, las chicas apelan primeramente al conocimiento que de la tradición tienen mujeres de generaciones anteriores a la suya: "Mi abuela me ha explicado que es una forma de presentar en sociedad a la joven ahora casadera"; luego pasan a expresar sus vivencias, sensaciones y reflexiones en torno a la fiesta. Abril narra cómo se permitió solicitar a la madre modificar el rito para poder quedarse con el ramo de flores naturales que le parecía tan lindo y asienta la respuesta de la madre: "Me respondió indignada que ese ramo es para dejarse a Dios" y la asociación inmediata de Abril es: "En el altar en que dejé el ramo había una imagen de la Virgen Milagrosa y otra de la Virgen de Guadalupe". El ramo, símbolo de la virginidad, es puesto bajo la custodia de "un padre y una madre" internalizados en los que se cree y que están investidos de autoridad: el Dios padre y la Virgen madre. Ahora los padres reales no podrán estar tan presentes en la vida de la niña convertida en mujer y se apela a lo simbólico para promover cierto orden social en torno a la vida sexual.

Alejandra compara espontáneamente el ramo de la quinceañera con el de la novia; el primero, "pequeño y redondito", alude a la virgen genitalidad; el de la novia, "grande y extendido", remite a la apertura explícita al varón, al otro y a la relación sexual que es socialmente consagrada con el matri-

monio, y entre estos dos eventos: la fiesta de los quince años y la boda, se da el paso de las estrechas relaciones con el padre y el núcleo familiar a la apertura a la sociedad para encontrar en ella una pareja; inmediatamente después de hacer el similitud de los ramos, Alejandra habla de los acompañantes de la quinceañera en la fiesta: “El baile lo abre la quinceañera con su padre, luego llega el padrino a entregar una flor a la joven y se queda bailando con ella un momento, en seguida se la turnan los catorce chambelanes y luego pueden pasar todos los jóvenes invitados a bailar con ella”.

Luciana alude a la ambivalencia que implica para el padre el dejar salir a la hija de su ámbito de protección, el aflojar definitivamente los lazos familiares y asumir que es ahora una mujer con derecho a una vida sexual propia: “Cuando bailaba con mi papá llegó mi padrino con la flor que tenía que darme a mí, se equivocó y se la entregó a él, mi papá se quedó con ella”. La contraparte de esta ambivalencia es la que la propia Luciana experimenta ante el discurso de su padre y su hermano que la presentan en sociedad y piden respeto a aquél que llegue a ser su esposo: “No me gustó lo que ellos dijeron, excepto el ser llamada ‘princesa’ por mi papá”. A la felicidad de acceder a una nueva etapa se suma la tristeza de despedirse de la infancia, de dejar de ser en definitiva la “princesa” del padre y para lograr esto la chica tiene una tarea ante sí: la elaboración de un duelo, el llorar su despedida para asumir plenamente su sexualidad adulta, que exige ser vivida fuera del ámbito familiar.

El primer brindis oficial es símbolo de la permisividad que se otorga a la quinceañera de participar en costumbres y placeres de la vida adulta. En este punto, Abril manifiesta su ambivalencia: “A mí me dieron champaña, pero apenas si la probé, pues no me gustó, pero mi hermanita de doce años (...) empujó la copa hasta el fondo”; aquí la niña, jugando a ocupar el lugar de la hermana adolescente, encuentra más fácil que la quinceañera adoptar por un momento una costumbre

de adultos; para Abril, el cambio que está siendo simbolizado en el ritual implica ganancias, pero también renuncias, ella no es ya la niña que juega a ser mujer, sino la joven mujer que se abre a un mundo nuevo. En otras sesiones, Abril aludirá repetitivamente a esta escena y hablará de su hermana subrayando con ambivalencia que “en realidad es todavía una escuincla” (escuincla es una palabra de origen náhuatl que significa chiquilla, niña).

La ambivalencia ante el crecimiento, la parte de renuncia que supone se hace explícita también en la entrega que hace Luciana de su muñeca: “En mi fiesta, la costumbre se modificó un poco, pasaron una tras otra varias niñas a pedirme mi muñeca argumentando que yo era ya muy grande para jugar con ella, pero yo *me resistía* a entregarla, hasta que finalmente se la di a una de ellas”. En el caso de Abril, ella lanza tan alto la muñeca, que ésta queda atrapada en el candil del salón de fiestas, sólo con auxilio del padre la muñeca es bajada para que pueda pasar a otras manos que, por cierto, para la indignación de Abril serían las de un “señor” que no quiso entregar la muñeca; ella se consuela después pensando que ese adulto tuvo que pasar a bailar con ella el “jarabe tapatío”, como si fuera la pequeña niña que ahora es sucesora en el juego de muñecas.

Luciana asienta que a los hombres no se les presenta en sociedad porque se les asigna, al menos a nivel manifiesto, el rol de sujetos electores en el cortejo, papel que Miguel relativiza aludiendo al potencial de aceptación o rechazo de las mujeres. Esto lleva a las chicas a hablar de sus deseos de estudiar una carrera para ganar independencia y abrirse caminos que para sus madres estuvieron todavía cerrados (éste fue un importante tema trabajado ampliamente en otra sesión); sin embargo, Alejandra lleva la conversación a la carrera que ella elegiría, ubicada en una zona de actividades que no la aleja tanto del rol tradicional de la mujer: “Yo quiero ser educadora, pues me gusta mucho el trato con los ni-

ños” y de ahí pasa a su deseo de un hijo en el futuro y sus fantasías y temores en torno al parto.

Me llama la atención y lo comento con las chicas, que hacen mención a la fiesta con la que se celebra el convertirse en mujer, al parto, pero no a las relaciones sexuales en sí; a pesar de mi señalamiento y del de Miguel (quien comenta que hay mayor permisividad social para hablar de embarazo y parto que de coito), las chicas guardan silencio en torno a este tema, mismo que abordarán sólo en una sesión posterior, cuando el avance del trabajo les permite vencer la resistencia. Los temas que sí llegan a tratarse en este punto son los de los medios anticonceptivos, el embarazo y el aborto, cuestiones que revisten especial importancia para adolescentes, quienes experimentan curiosidad y dudas ante su nuevo potencial sexual; por una parte están ya maduras sexualmente, pero por otra, son invitadas por su comunidad a una moratoria antes de tener relaciones sexuales, de tal forma que las que inician su vida sexual antes del matrimonio ponen su genitalidad en práctica bajo ciertas presiones sociales. Luciana ejemplifica con el caso de su amiga lo complejo que puede ser el embarazo para una chica de quince años: “El papá de mi amiga quiere que aborte, pero su mamá no, ni ella”. La alusión a los padres y su postura frente al bebé en gestación plantea indirectamente la cuestión de la dependencia económica y de diversa índole de las jóvenes de esta edad en su medio, lo que les hace prácticamente imposible asumir, al menos en su mayor parte, la responsabilidad por el bebé en gestación; por otra parte, la cuestión de un posible aborto en caso de embarazo les plantea otra serie de problemas. Me llama la atención que ellas no hablan de la prohibición legal del aborto que hay en México, lo que lleva a mujeres que optan por él a llevarlo a cabo en la clandestinidad, muchas veces de forma rudimentaria y con altos riesgos para su salud. Luciana lo que plantea es lo difícil que puede ser la vida para un hijo no deseado, por lo que ella antes

estaba en pro del aborto; más tarde, el representarse con base en lecturas el aborto como un hecho de extrema violencia, la lleva a cambiar de opinión; Abril y Alejandra se declaran en contra del aborto, la primera porque para ella abortar sería destruir vida, la segunda apelando a sus creencias: "Si yo fuera a tener un bebé pensaría que Dios me lo manda por algo y tendría que recibirlo con amor". Cuando yo intervengo para dar cuenta de que no todos los abortos implican descuartizar un cuerpo formado, Luciana refuerza la posición de censura del aborto apelando a un voluntarismo que deja fuera la complejidad que rodea a la vida sexual, especialmente cuando ésta se está descubriendo y empezando a experimentar y se vive con pasión al margen de los lineamientos sociales que la declaran legítima: "Lo cierto es que si no se quiere un embarazo hay muchas técnicas para evitarlo y habría que utilizarlas".

Miguel y yo invitamos a las chicas a reflexionar sobre aquellos embarazos fuera de matrimonio de chicas adolescentes, que ocurren a pesar de tener ellas suficiente información sexual y queda abierto como motivo de reflexión el tema de las causas inconscientes que determinan los embarazos conscientemente no deseados.

Epílogo

La celebración de los quince años de las jóvenes en México es una tradición todavía muy extendida, predominantemente en capas sociales plegadas a las tradiciones y/o de limitados recursos económicos. En dichos medios, celebrar la fiesta ritual puede llegar a ser tan importante que se lleva a cabo a pesar de que ello implique para la familia de la quinceañera quedar con deudas que irá pagando con muchos trabajos.

La fiesta de cada quinceañera se lleva a cabo con variaciones en los detalles, pero repite sin falta los elementos que parecen ser de especial significación en el simbolismo ritual.

A lo que podríamos llamar la fiesta laica o profana, precede siempre una misa católica (en México más del 95% de la población profesa esta religión), en la cual el gesto central de la celebración de la quinceañera es el que ella deposite en el altar el ramo de flores naturales con el que llegó a la iglesia y salga con otro, de flores artificiales, que preservará como alusión al que quedó entregado en el altar; ya antes nos referimos al contenido simbólico del ramo: la “flor” de la chica, su genitalidad y en este momento su virginidad.

Ya durante la fiesta propiamente dicha, un elemento común a todas las celebraciones es el que la quinceañera, acompañada por su padre, baila la primera pieza musical, haciendo éste la entrega simbólica de la chica a los varones casaderos de la comunidad que pudieren pretenderla.

Un elemento ausente de todas las fiestas de quince años es la posible propuesta orientadora respecto a lugares públicos disponibles para ser ocupados por las mujeres en la sociedad.

Lo anterior nos lleva a deducir que ciertas comunidades celebran a las chicas púberes con una fiesta que tiende a delimitarles su rol sexual y su ámbito de relaciones genitales posibles con lineamientos más rígidos que a los varones, a los que parece dejarse en mayor libertad para dirigir su sexualidad madura e incluso hacer uso de ella a su antojo.

El ritual parece sugerir actitudes pasivas a las chicas, que *son presentadas* en sociedad, *puestas a disposición* de los jóvenes casaderos, *invitadas*, o *exhortadas* a poner su virginidad bajo custodia de figuras simbólicamente investidas de autoridad.

El ritual conlleva el riesgo de que las chicas pudieren sentir que su ámbito de desarrollo se circunscribe a la esfera hogareña y que están obligadas a una relación de dependencia del varón, pudiendo entrar en conflicto con sus deseos de fidelidad a sí mismas y de realización en ámbitos diversos: el público, a través de su desarrollo profesional y su inserción

más directa en el quehacer cultural, y el privado, con su realización en la familia y en el campo de la intimidad.

En medios no muy ligados a la tradición, con apertura al cambio y al intercambio con otras culturas, la fiesta ritual de los quince años se da con menos frecuencia; muchas chicas no sólo no desean, sino que rechazan tal celebración, prefiriendo una fiesta juvenil sin ceremonias o, en casos en que la economía familiar lo soporta, un viaje que podría tener la carga simbólica de haber llegado el momento de abrirse a horizontes más amplios que el de la familia y comunidad de pertenencia.

Una cuestión que podemos plantearnos respecto a la fiesta ritual de quince años desde una perspectiva psicoanalítica es: ¿Hasta qué punto esta celebración puede dificultar una verdadera disolución de la liga de carácter infantil de la niña con el padre? Antes de dar una respuesta quiero subrayar nuevamente el papel fundamental que la subjetividad y la historia de vida de la chica desempeñarán en la interpretación y respuesta personal a los elementos simbólicos del ritual. Dicho esto podríamos sugerir que si bien la fiesta ritual invita decididamente a aflojar los vínculos familiares para dar paso a relaciones con varones del medio social más amplio, también sugiere, a través de la entrega simbólica de la chica a los chambelanes, que ésta ha de pasar de la custodia del padre a la del marido de acuerdo a una forma de relación marcada por elementos patriarcales y de jerarquía entre los sexos. La fiesta no contiene símbolos que inviten a la joven a afianzar su potencial de desarrollo a fin de que pueda desprenderse por sí misma del mundo familiar para acceder al público y elegir activamente, en un acto recíproco al del varón, a su compañero amoroso y sexual.

Quiero concluir insistiendo en que si bien un ritual contiene símbolos que pretenden comunicar mensajes a los individuos a fin de que orienten su conducta de acuerdo a normas y costumbres prevalecientes en una comunidad determinada,

cada sujeto recibe dichos mensajes y los interpreta, asume o rechaza de acuerdo a su historia de vida, su personalidad, sus conflictos, sus limitaciones, sus potencialidades. La celebración de la fiesta de quince años no es un evento que por sí mismo marque definitivamente el curso de la vida de las chicas adolescentes de una sociedad compleja y heterogénea como la mexicana, sino que adquiere un potencial de influencia variable al insertarse en los tan distintos tejidos de experiencias e intercambios existenciales que constituyen la subjetividad de cada mujer. ☒

Bibliografía

- Erdheim, Mario (1992). "Die gesellschaftliche Produktion von Unbewusstheit" (La Producción Social de Inconsciencia), Editorial Suhrkamp, Frankfurt, Alemania.
- Freud, Sigmund (1930). "Das Unbehagen in der Cultur" (El Malestar en la Cultura), Studienausgabe, tomo XI, Editorial Fischer, Frankfurt, Alemania.
- (1905). "Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie" (Tres Ensayos para una Teoría Sexual), Studienausgabe, tomo V, Editorial Fischer, Frankfurt, Alemania.
- Kaplan, Louise (1994). "Abschied von der Kindheit" (Despedida de la Infancia), Editorial Klett-Cotta, Stuttgart, Alemania.
- Lévi-Strauss, C. (1972). " 'Primitive' und 'Zivilisierte' " ("Primitivos" y "Civilizados", Zürich, Suiza.
- Waldeck, Ruth (1998). "Die Fesseln der Frau. Zur Psychoanalyse der weiblichen Adoleszenz" (Las Cadenas de la Mujer. Sobre el Psicoanálisis de la Adolescencia Femenina). En: Zeitschrift für Sexualforschung (Revista para la Investigación de la Sexualidad), Jhg 11, Frankfurt, Alemania.
- Zeul, Mechthild (1983). "Gegenübertragung – ein Stiefkind der Psychoanalyse" (Contra-transferencia – un Hijastro del Psicoanálisis). En: "Das Unbehagen in der Psychoanalyse" (El Malestar en el Psicoanálisis), Editorial Qumran, Frankfurt y París.